

Momento ducha.

En qué momento tomamos conciencia de nuestro ser, pequeños corpúsculos sensitivos que se activan para notar, oler, gustar, escuchar o mirar. Cuando cada uno de esos estímulos se convierten en nuestro cerebro en percepción de un entorno más o menos habitual, acotado, inabarcable, restringido, específico, universal, líquido, silencioso, dulce, inhóspito, amargo, cálido, ruidoso, suave...

En qué momento esas múltiples percepciones consiguen destacar entre otras, estímulos que podrían identificarse como breves fragmentos de lo que, poco a poco, irá constituyendo un universo personal. Fragmentos sensibles que arrastran consigo todas aquellas sensaciones por las que unos y otros los hemos percibido. Fragmentos que evocan su ser primitivo, no desde un sentimiento agresivo de rotura, de fractura, sino que fomentan la formación de huecos optimistas donde poder aportar partes personales de cada uno de los que los perciben.

En qué momento seleccionamos aquellas percepciones, que conscientemente deseamos mantener en un lugar destacado, llegando a formar parte de nuestro entramado de memorias. Una mirada selectiva que rastrea identificando formas, colores, texturas, líneas, manchas; un oído selectivo que se extasie con acordes, murmullos, silencios, estruendos; un olfato selectivo que se embriague con aromas, esencias, tufos, perfumes; un tacto selectivo que se inflame con rugosidades, suavidades, humedades, calideces, un gusto selectivo que se deleite con dulces, picantes, ácidos, agrios, dulces, salados...

En qué momento todas esas pequeñas conexiones mentales fraguan y sustentan ese algo que va más allá de provocar resonancias en cada uno de nosotros. Como llegan a conectarse frecuencias en apariencia inconexas a través de un enlace que solo uno cree haber podido imaginar, ensamblajes propiciados por esos huecos optimistas que permiten aproximar entre si cada fragmento percibido individualmente.

En qué momento salta la chispa que incendia de repente un entretejido que poco a poco se ha ido tupiendo con vivencias y experiencias, un incendio que muchas veces se propaga iluminando esquinas podrían ser novedosas aunque probablemente solo estuviesen camufladas o borrosas. Un incendio que en ocasiones devasta forzando un reinicio, una vuelta al blanco; pero otras veces lo que permite es que todo fragüe, que se consolide y afiance aquello que sin más parecía una tentativa, tan solo una pista a seguir.

En qué momento ese vaivén del pensamiento se estabiliza para edificar una obra cimentada y sostenible a lo largo de los años. Una base sólida sobre la que construir sin necesidad de apuntalamientos externos en tendencias o en modas embutidas en discursos forzados. Una obra, que aún teniendo cierto grado de consanguinidad con otras obras, incorpore un aire novedoso y que esa novedad no eclipse su universalidad. Que sea cierta, de verdad, donde su autenticidad no tenga fisuras. Que articule todos sus elementos de forma coherente, una articulación especialmente desarrollada para ella, que forme parte de la propia obra.

En qué momento la belleza.

En qué momento se convierte en una necesidad el intentar materializar todo esto, dar cuerpo a estos pensamientos, devolverle de algún modo su parte física sumergiéndonos en las técnicas. Técnicas ancestrales impregnadas de historia, que llevan asociadas discusiones y planteamientos estéticos en su día novedosos, ahora recalificados de clásicos. Técnicas y procesos que albergan resonancias

históricas y que de algún modo son arrastradas a esa nueva obra impregnándola de colectividad a través de una memoria patrimonial compartida. Y una acción, pintar: chorretones, aguadas, texturas, mezclas, veladuras, empastes, rallados, brochazos. Técnicas instantáneas, fruto de la investigación en nuevas tecnologías, de materiales y materias desarrolladas por síntesis, polímeros, elastómeros, siliconas, disolventes, adhesivos, filmógenos, catalizadores, poliésteres. La otra materia, la que va más allá de su propia materialidad, lo virtual, aquello que podría ser o que podría parecer. Todo un universo virtual accesible desde la ventana de plasma del ordenador o del televisor de casa, donde se puede obtener instantáneamente todo aquello que se desea, donde no hay límites ni imposibilidades. Sumergidos en ese mundo pantallizado asumimos recursos digitales a otros lenguajes, la sorpresa es algo mucho menos frecuente, en ese mundo virtual todo es posible, todo es alcanzable. El cuerpo inmaterial se somete a todo tipo de sensaciones y experiencias virtuales a través de la pantalla. El cuerpo, anestesiado por la facilidad y accesibilidad que permiten los medios, comienza a desaparecer, a preferir la versión edulcorada y opcional de la realidad. De vez en cuando es necesario un pellizco que haga despertar del letargo que produce el estruendo informativo y la velocidad. Una velocidad que algunos ralentizan en forma de piercing o tatoos que transgreden el cuerpo real para sentir su propia presencia, su fisicidad. Pero quizás el pellizco más doloroso sea el aplicado desde el propio medio, ese mismo medio que dirige la mirada ahora evidencia, vergonzosamente, esa manipulación a la que someten a sus espectadores, y seguramente esto deje secuelas.

En qué momento nos damos cuenta de que es la propia materialidad de la obra la secuela de todo lo anteriormente mencionado. Una secuela compartida para un disfrute individual. Obras realizadas desde la coherencia, donde el medio no es el que manipula lo percibido sino que es el que aproxima al espectador a la experiencia creativa del autor. Obras que nacen de una necesidad creativa en un momento implacable donde el mercado marca ritmos y tendencias, donde la velocidad no permite detenerse en la contemplación por la contemplación. Un pase privado en el que la obra como secuela se muestra desde lo exclusivo, único e irrepetible.

En qué momento aparecen los bloques empáticos desde los que buscar complicidad en la mirada. Elementos en los que se reconocen y con los que se identifican, situaciones en las que muchas veces han estado o conocen sus resultados. Obras porosas que podrían devolver la visibilidad a secciones sociales momentáneamente o parcialmente invisibles, que permiten transpirar y absorber conocimientos y experiencias favorecidos por otros poros exentos de experiencias fundamentalistas causantes de impermeabilidad, intolerancia e intransigencia. Obras que buscan experiencias reversibles de espectadores y autores para completar la obra con sus propias conexiones y vivencias.

Todo puede ocurrir en un instante, en un ratito de silencio, en un momento zapping, en una breve pausa, en un lapsus, en un descanso estival debajo de un árbol, hoy durante esa ducha matutina.

Aunque, lo más probable, es que no haya un solo momento que no sea Ese momento.